

**LA AUDACIA
DE LA PAZ
IMPERFECTA**

Ariel

Ariel

Francisco de Roux

**LA AUDACIA
DE LA PAZ
IMPERFECTA**

Ariel

© Francisco de Roux, 2018

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2018

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

Diseño de cubierta:

Departamento de diseño Grupo Planeta

Primera edición:

enero de 2018

ISBN 13: 978-958-42-6469-5

ISBN 10: 958-42-6469-9

Impreso por:

xxxxxx

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

CONTENIDO

Lista de siglas y acrónimos.....	9
Introducción.....	11
CAPÍTULO I: Parar la guerra, construir la paz.....	33
CAPÍTULO II: La dejación de las armas	59
CAPÍTULO III: El deber moral de la paz	75
CAPÍTULO IV: Más allá del miedo	105
CAPÍTULO V: El desarrollo de la esperanza.....	141
CAPÍTULO VI: Preguntas de sobremesa.....	179
¿Hubo o no hubo conflicto armado en Colombia?	179

¿Es legítima la Justicia Especial para la Paz (JEP)?	182
Terminada la guerra, ¿cuál es el problema más importante?	187
¿Hay razones para la esperanza?	190
¿Cuál es el lugar de la verdad?	194
¿Cuál fue el efecto de la visita papal sobre la paz?	198
¿Qué resta cuando terminan las palabras?.....	200

Ariel

LISTA DE SIGLAS Y ACRÓNIMOS

AUC	Autodefensas Unidas de Colombia
Bacrim	bandas criminales
CEPAL	Comisión Económica para América Latina
CEV	Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición
CINEP	Centro de Investigación y Educación Popular
ELN	Ejército de Liberación Nacional
Espera	Escuelas de Perdón y Reconciliación
FARC	Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia y Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común
FARC-EP	Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia- Ejército del Pueblo
Fescol	Fundación Friedrich Ebert Stiftung en Co- lombia
ICTJ	Centro Internacional para la Justicia Transi- cional (International Center for Transitional Justice)
JEP	Jurisdicción Especial para la Paz

OCDE	Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos
OEA	Organización de Estados Americanos
ONG	organización no gubernamental
ONU	Organización de las Naciones Unidas
PDET	Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial
PDPMM	Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio
PNUD	Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
Proantioquia	Fundación para el Progreso de Antioquia
Redprodepaz	Red de Programas de Desarrollo y Paz
SEAP	Sociedad Económica de Amigos del País
USO	Unión Sindical Obrera

Ariel

INTRODUCCIÓN

El tema de este libro es la paz en Colombia. En concreto, el proceso que hemos vivido hasta finales de 2017 para salir del conflicto armado y cuyo acuerdo debemos cuidar e implementar ahora y en los años venideros. He creído y trabajado durante décadas por esta paz positiva y, al mismo tiempo, limitada, vulnerable, criticable. Apoyarla es un acto de audacia, no de temeridad; es un acto moral, porque el país vive momentos de incertidumbre —serenados por la visita del papa Francisco en septiembre de 2017—, y no tenemos certeza sobre el futuro.

Siento el deber de poner en práctica actos que contribuyan a elevar la probabilidad de que ocurra lo que en mi conciencia me parece mejor para nuestra sociedad en la construcción de esta paz puesta en marcha con el fin del conflicto, seguro de que otros llevarán a cabo actos contrarios o contradictorios, o que en la apatía y la indiferencia no harán nada, y como resultado de esos comportamientos

distintos, muchos también legítimos, se puede llegar a otros desenlaces.

La paz es un tema que nos divide, cuando debería unirnos, ya que es “parar la guerra” y darnos la posibilidad de emprender juntos, en medio de las diferencias y los conflictos normales, las transformaciones que garanticen a cada persona, familia, comunidad, etnia y región las condiciones para vivir en dignidad.

Podía haber escrito este libro sobre la reconciliación, porque en Colombia la paz hoy es desencuentro, y habría ganado de entrada que lo leyeran de todos los lados, algo que me interesa intensamente, convencido como estoy de que tenemos que aprender y oírnos desde las distintas posiciones. Pero resolví escribir sobre la paz porque es el problema que enfrentamos en este momento. Porque crecí en una familia en la cual se nos enseñó que se podía dialogar sobre los temas más confrontantes y se nos mostró con ejemplos que se crece desde allí. Porque aprendí que evitar conversaciones difíciles, debido a que pensamos distinto y van a salir a flote emociones disímiles, no es honrado ni constructivo, y que si no nos arriesgamos al diálogo, “eso no se queda así, eso se hincha”.

En la visita del papa Francisco a Colombia escuché cómo los arzobispos de Medellín y Cartagena —a quienes aprecio sinceramente— en sus discursos al final de la misa no utilizaron la palabra *paz*. Los comprendo. Recordé, ante ese silencio, a la ejecutiva responsable de un evento de empresarios que, cuando iba yo a intervenir, me pidió no hablar de paz porque eso creaba divisiones. Pero en Medellín y en

Cartagena el papa Francisco, en su propósito de invitarnos a dar el primer paso, habló de paz, más aún, en el conjunto de sus intervenciones nombró la paz más de 50 veces. Incluso comenzó su visita hablando de ella frente a los líderes políticos y sociales en Bogotá, y sus últimas palabras en el puerto de San Pedro Claver fueron: “Colombia, tu hermano te necesita, ve a su encuentro llevando el abrazo de la paz, libre de toda violencia, esclavos de la paz, para siempre”.

No escribo este libro para apoyar una propuesta política. Me importa la paz como valor moral. El más importante de los valores hoy en nuestro país, si se tiene conciencia personal y colectiva del dolor de las víctimas de todos los lados y de la idéntica dignidad de los seres humanos. Por eso no escribo para apoyar o para oponerme al presidente Santos o al expresidente Uribe, o al nuevo partido Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (FARC) o a cualquiera de los candidatos que estarán presentes en las elecciones.

Asumir la paz como valor moral significa que la tarea es gratuita; de lo contrario, no sería un valor. Por ella se da la vida si es necesario, sin esperar nada a cambio, ni dinero, ni prestigio, ni premios, ni votos. Es la gratuidad de la paz. Por lo mismo, es la paz por encima de la contienda política por el poder; ahí nada se da gratis, porque todo lo que un candidato gana lo pierde el otro y al adversario no se le puede dejar ganar nada.

La politiquería ha hecho de la paz un territorio de mentiras, amenazas y temas de campaña. Aquí se trata de liberar la paz de esa desgracia, de reposicionarla como valor moral en el que todos ganamos. Pero esto tampoco nos puede

llevar a ser neutrales ante reales alternativas políticas; al contrario, nos obliga a discernir, escoger y realizar los actos que hagan más probable el predominio del valor moral de la paz desde la conducción del Estado.

Como estamos divididos por dolores profundos y por las interpretaciones excluyentes sobre lo que nos ocurrió en el conflicto, hacemos caracterizaciones sobre las personas. Muchos han tenido que sufrirlas. Me ha acontecido igual. Oigo con frecuencia que me consideran un cura comunista, guerrillero, ladrón de tierras y cómplice de los terroristas. No voy a hacer una apología para defenderme, pero quiero dejar claras mis posiciones básicas para quienes van a leerme.

Soy un católico creyente en el Dios de Nuestro Señor Jesucristo. Siempre me ha impactado la desigualdad y la injusticia social en Colombia, las cuales conocí desde niño cuando mi padre nos llevaba a entregar mercados a familias pobres de Cali. Nunca estuve de acuerdo con la lucha armada para conseguir la justicia social, nunca apoyé la guerra, ninguna guerra, ni en palabras habladas ni en textos escritos; tampoco compartí la justificación de la lucha revolucionaria armada que algunos tomaron de la teología de la liberación en la que encontré, por otra parte, muchos elementos valiosos que me influenciaron. Me gusta de Francisco, el papa, el rechazo a todas las guerras, y su intento de cambiar en el Catecismo Católico el paradigma de “la guerra justa” por el de “la paz justa”. Nunca fui comunista, no milité en partidos de izquierda ni en ningún partido. Me repugnaron el nazismo de Hitler y el régimen soviético.

Me ilusionó la Revolución cubana como liberación del materialismo capitalista y como justicia social, pero fui crítico del modelo económico, de las restricciones de la libertad y del sometimiento a la Unión Soviética. Me conmovió el liderazgo del padre Camilo Torres en 1965, pero no entendí por qué se fue a la montaña. Pedí estudiar economía cuando mis compañeros jesuitas me dieron como misión la presencia del Evangelio en la sociedad, y lo hice porque me pareció muy elemental el pensamiento que encontré entre los cristianos radicales sobre la opresión, la explotación y el imperialismo, y muy incipientes y descontextualizadas las soluciones que ofrecían.

Estoy convencido de que el mercado es uno de los grandes logros culturales de la humanidad y hay que hacerlo funcionar bien, en lugar de destruirlo. Esto significa subordinar las operaciones de mercado no a la acumulación y las ganancias para acrecentar consumos suntuarios, ni para manipularlo desde el Estado, sino para hacerlo eficiente en un universo de justicia social, bien común, garantía de las condiciones de la dignidad para todas las personas, cuidado de la naturaleza y no corrupción.

Tengo un gran respeto por los profetas de derechos humanos que denuncian la injusticia en las instituciones y contra las personas; considero que son indispensables y que hay que protegerlos, pero mi papel no ha sido denunciar, sino tratar de poner en marcha alternativas de cambio. Por eso entregué los años más productivos de mi vida en el Magdalena Medio a un programa de desarrollo y paz. Ese territorio sí lo conozco físicamente y sé quién es su gente.

A veces escucho por la radio que he robado tierras a empresarios de Urabá; sinceramente no conozco esa realidad compleja, no he actuado allá, no he hablado ni escrito sobre esa tierra rica y bella, excepto en un informe del Comité Permanente de los Derechos Humanos de los años ochenta del siglo pasado sobre la masacre de La Chinita, en el que concluimos que los responsables eran las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Las pocas veces que he visitado Urabá han sido siempre tratando de entrever caminos hacia la paz; admiro a quienes sin armas luchan por la justicia en ese territorio, a los campesinos que han resistido en la comunidad de paz de San José de Apartadó y a emprendedores que han tenido allí logros significativos, en medio de una situación difícil, agobiada hoy por el Clan del Golfo.

He pasado la mayor parte de mi vida entre el pueblo, como vecino de estratos bajos; conozco la inteligencia, la alegría y la fe de la inmensa población campesina, indígena y negra y de los pobladores de barrios populares; sé, igualmente, que son tratados como gente inferior, porque a mí me han tratado igual cuando paso como uno de ellos. Gracias a haber vivido y visitado otros países mucho más igualitarios, veo lo estúpidos que hemos sido con la espantosa exclusión que nos privó de haber sembrado capacidad de innovación en un pueblo de gran inventiva y coraje.

Me generan admiración los empresarios que toman riesgos y luchan por hacer industria y comercio en realidades adversas, teniendo, además, gran respeto por la gente. Me conmueven los campesinos que no se dejaron desplazar

y siguen produciendo comida en un país que los ha olvidado y agredido. Me duelen los que se metieron en la coca porque no les dimos otra opción y quedaron atrapados en un mundo perverso y sangriento. Sé que les llega el mensaje cuando les digo que están destruyendo a los jóvenes de Colombia y del mundo a cambio de unos pesos para sobrevivir, y que eso es equivalente a prostituir a sus hijas para poder comer. Admiro mucho a la Guardia Indígena de los nasas, desde que cambiaron los rifles del Quintín Lame por los bastones y retomaron la seguridad de las tradiciones de su raza.

Me desconcertó ver a Colombia repartida en concesiones mineras sin antes consultar a las comunidades, pero sobre todo porque esta esquina ecológica es un tesoro natural para el mundo, en él subyace nuestro más grande capital y nuestra principal fuente de acumulación. Por ello pienso que deberíamos dedicarnos a la investigación y producción de bienes y servicios ecosistémicos en una economía fundada en el acrecentamiento de los recursos naturales; este territorio es singular en el planeta y no está para ser minado y agredido por el *fracking*. Admiro a nuestra vecina, Costa Rica, porque restringió al mínimo las explotaciones mineras y el presupuesto militar y ha logrado un nuevo crecimiento y una nueva seguridad.

Me sentí honrado como colombiano al ver a más de mil policías acompañando el éxodo de la guerrilla hacia las veredas donde hicieron la dejación de armas, y al ver a un ejército que luchó por defender a las instituciones y que hoy cuida particularmente la vida de los que vienen de la guerra, y se compromete en la transformación del país.

He conocido a muchos que desde la Iglesia han corrido riesgos por la paz, en las comunidades de base, en las parroquias y en los movimientos de jóvenes inspirados en la fe; y son para mí un ejemplo religiosos, sacerdotes y obispos de las zonas más difíciles del conflicto, que se han jugado por los derechos de los pobres y por la paz de Jesús en el Evangelio en medio de riesgos y de persecuciones. Por eso, entre muchos mártires recuerdo a mis amigos los sacerdotes Álvaro Ulcué, Tiberio Fernández y Sergio Restrepo; a Mario Calderón y Elsa Alvarado, del Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep); a los veinticinco participantes en nuestro Programa del Magdalena Medio que fueron asesinados, empezando por Alma Rosa Jaramillo, y a dos entrañables compañeros que se durmieron en Dios y con quienes no pude contar para que escribieran esta introducción: Jaime Prieto, obispo de Barrancabermeja, y Horacio Arango, mi hermano jesuita.

La paz en concreto es el proceso de búsqueda de una solución política con las guerrillas, desde la presidencia de Belisario Betancur hasta donde vamos hoy y de aquí en adelante. El resultado de La Habana nunca se habría logrado si los últimos siete presidentes no hubieran contribuido a ello, cada uno con su parte. Belisario Betancur, Virgilio Barco, César Gaviria, Ernesto Samper, Andrés Pastrana, Álvaro Uribe y, por supuesto, Juan Manuel Santos, que comprendió que esta era la prioridad y había llegado el momento de ir hasta el final. Pero, además, nunca habríamos llegado donde estamos sin el inmenso movimiento de paz, dado de múltiples formas en las organizaciones populares,

los sindicatos, los indígenas y los afros; las movilizaciones de mujeres y movimientos de género; las organizaciones no gubernamentales (ONG), las universidades y los colegios; los empresarios por la reconciliación; los medios de comunicación, los jueces, los artistas, los científicos, Redepaz y la Red de Programas de Desarrollo y Paz, Ideas para la Paz, La Paz Querida, La Ruta Pacífica, La Paz Completa, CINEP, Corporación Región, Viva la Ciudadanía, Convergencia y muchos otros. Y también por parte de universidades como La Nacional y la Javeriana, y los miembros de las Fuerzas Armadas del Estado que han sido trabajadores laboriosos en la salida del conflicto armado.

Cuando pienso en este proceso insistente y arduo, en medio de un conflicto cruel que produjo ocho millones de víctimas, vienen a mi memoria centenares de hombres y mujeres, por lo menos tres mil o cuatro mil, que fueron asesinados desde todos los lados porque trabajaban por la paz. Son personas que nunca tomaron un fusil ni llamaron a la guerra. Que pusieron seriamente los derechos humanos en el corazón de la paz. Por eso los mataron. Como sacerdote, he hecho el funeral de un número significativo de ellos y ellas. Como creyente, sé que viven y son el alma de esta causa que continúa.

Al mismo tiempo, me aterra nuestra permisividad ante lo que está pasando. Como sociedad, como nación, como Estado los seguimos matando hoy en Nariño, Cauca, Antioquia, Catatumbo, Chocó y la costa Caribe. Es una muestra de la forma como los impactos sufridos nos confundieron hasta doblegar lo que teníamos de dignidad.

Me sorprende, al mismo tiempo, ver que siguen apareciendo nuevos jóvenes que llegan a rescatar nuestro valor humano destruido; con el mismo entusiasmo de los que cayeron asesinados salen en los campos a continuar a todo riesgo la saga de la paz y a mantener viva la esperanza.

Cuando empezó el proceso de La Habana, comenzó también la oposición total en su contra. Desde entonces, vislumbré y escribí lo que estaba seguro de que iba a pasar. El día que firmáramos la paz en Colombia se celebraría por todas partes: en Londres, Madrid, París, Berlín, Washington, México, Buenos Aires y Río de Janeiro. En el Vaticano elevarían una oración de acción de gracias; en la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la Organización de Estados Americanos (OEA) harían un brindis. Pero en Colombia estaríamos peleándonos en las calles porque había terminado la guerra con las FARC.

Me dio muy duro el resultado del plebiscito. Pensaba que ganaría el sí de manera suficiente. Me equivoqué, y el resultado adverso me dio la lección más importante en mi trabajo ético en el espacio de lo público. A partir de ese momento comprendí que había que avanzar teniendo en cuenta el planteamiento de los otros, incorporándolo creativamente; que la legitimidad venía de la participación sin restricciones, que tenía que aceptar que había buena intención en los que pensaban distinto, que habíamos perdido, pero perdiendo habíamos ganado un nuevo horizonte. Gracias a Dios los jóvenes encontraron una salida incluyente y con La Paz a la Calle y millones de personas que se les unieron cubrieron el país con el grito de “¡Acuerdo ya, acuerdo ya!”.

Por eso se reformó el acuerdo con los puntos pedidos por el no, excepto la participación política y la libertad limitada sin cárcel de la Justicia Especial para la Paz (JEP), pero el proceso tuvo que cargar desde entonces con una tremenda vulnerabilidad política y con incisivos cuestionamientos de legitimidad.

Meses después, en un seminario en Alemania, aprendí que esta paz se aquilataba, se enriquecía y se purificaba en el crisol de las oposiciones y las intenciones contrapuestas. Esa era justamente la razón por la cual los académicos europeos reconocían al proceso de paz de Colombia como serio y fuerte, y decían que era la mejor noticia internacional del siglo XXI. Y la razón por la cual Adam Kahane nos decía en Bogotá que Colombia en su proceso tenía para el mundo el significado que tuvo Sudáfrica en el siglo XX.

Lo que nos ha pasado es para mí un proceso inacabado que logró la reconciliación en La Habana y, con ello, la primera parte de la paz, que es el final de la guerra, pero que en la sociedad colombiana no logró la reconciliación. Por el contrario, a escala nacional se acrecentaron las divisiones irreconciliables de tal manera que podrían hacer fracasar esta paz imperfecta, si no ocurre que la misma adversidad la fortalezca, y que acojamos definitivamente la llamada del papa Francisco al encuentro, tarea que en su dimensión espiritual ha tomado en sus manos la Conferencia de los Obispos de Colombia, y por la cual trabajan también otras iglesias y personas de muchos lados sensibles a este mensaje.

En La Habana, las partes se comprometieron desde el principio a que no se levantarían de la mesa hasta llegar

a un acuerdo. Esa determinación les permitió mantener el rumbo en medio de acontecimientos y contradicciones que parecían insuperables. Las víctimas mostraron que el problema más importante éramos nosotros mismos, atrapados en los odios, las venganzas y la terquedad en destruirnos, y que enfrentar esta barbarie estaba primero que las contradicciones ideológicas y estructurales. A partir de ese momento, La Habana se centró en el ser humano, y se concretaron iniciativas que se habían venido contemplando y necesitaban el empujón para hacerse realidad: se llamó a las mujeres de los dos lados a trabajar en una mesa, se crearon las comisiones de la Verdad y de Desaparecidos, la circunscripción especial para que las víctimas llegaran a participar en la legislación sobre sus derechos y se ultimó la justicia que pone primero a las personas para restaurarse y restaurar.

El resultado fue la reconciliación entre los negociadores. Reconciliación que fue abriéndose paso en el convencimiento de que había que encontrar la salida juntos y para eso todo tenía que cambiar. Y cambiaron los hombres y las mujeres que actuaban a nombre del Estado, y cambiaron los hombres y las mujeres que negociaban por las FARC. Unos y otros no son los mismos que antes de los cinco años de conversaciones. El cambio les permitió crecer en confianza, sin tener que ceder en principios ni convicciones básicas, ni entregar instituciones. Les permitió ponerse en los zapatos del otro y acercarse al perdón costoso, que rondó implícito, aunque nunca se expresara. E hizo posible entrar en el *quid pro quo*, el dar y recibir, que constituye la reconciliación.

Las FARC reconocían la legitimidad del Estado de derecho, hacían dejación de las armas, entregaban bienes, decían la verdad, reparaban las víctimas, aceptaban la sentencia sobre crímenes de guerra y de lesa humanidad, se convertían en partido político. El Estado las recibía como ciudadanos, les ofrecía protección, les garantizaba las condiciones para ser una fuerza política, creaba la JEP, restaurativa y transicional. Y juntos acordaban los elementos constitutivos básicos para hacer los cambios que demandaba el fin del conflicto armado y lo hacían irreversible: la reforma rural integral, la senda para acabar con los cultivos ilícitos, la apertura y fortalecimiento de la democracia, y la seguridad y protección de lo acordado durante el tiempo necesario para la implementación. Esa fue la reconciliación, y su consecuencia inmediata fue el fin de la guerra con el cese al fuego bilateral y definitivo.

Entre tanto, muchos en Colombia, como se evidenció en el plebiscito, no aceptaron la reconciliación de La Habana y la sociedad profundizó las ideas y las motivaciones irreconciliables, pues el trauma social y cultural, para tomar la expresión de J. C. Alexander¹ nos ha penetrado a todos. Trauma que se origina pero que no se consolida con el golpe violento de proporciones devastadoras que vulneró a todos los sectores sociales y que, además del conflicto con la insurgencia, incluye la “Violencia” de la década de 1950. Porque el trauma se establece cuando la necesidad de dar una explicación racional por la barbarie sufrida y plantear

1 J. C. Alexander, *Trauma: a Social Theory*, Polity Press, 2012.

una solución da lugar a dos o más narrativas ideológicas y simbólicas controladas por grupos con intereses económicos y políticos, y estas visiones se confrontan en el espacio público de una manera excluyente y llena de pasión por el dolor y el sufrimiento que cargan a la espalda. El resultado es que la sociedad, desde las vísceras culturales y simbólicas, queda atrapada en rivalidades durísimas, que actúan en contra de la posibilidad de la unión constructiva, desde las diferencias enriquecedoras, de un nosotros incluyente.

El punto más hondo de contradicción entre las interpretaciones que mantienen el trauma, lo encuentro entre quienes consideran que nunca hubo conflicto armado interno, sino grupos de bandidos narcoterroristas enfrentados al Estado, y quienes afirman, sin ser partidarios de la guerra insurgente, que el conflicto armado interno se presentó cuando grupos rebeldes, por razones sociales y políticas, objetivas y subjetivas, negaron la legitimidad del Estado colombiano y tomaron las armas contra este. Para la primera postura, la negociación de La Habana es una traición a la patria porque con los bandidos no se negocia, sino que se los vence y se los somete a la justicia, y por eso, todo lo hecho a partir de esa negociación está viciado. Para la segunda, la negociación y el logro de la reconciliación en la que los rebeldes aceptan la legitimidad del Estado y entran a ser ciudadanos es fortalecimiento de las instituciones, unidad de la patria en democracia y la posibilidad para hacer las transformaciones necesarias que la guerra nunca permitió.

Estoy convencido de que en La Habana se dieron pasos para transformar la historia del país. Como he dicho, nunca

estuve de acuerdo con la guerra como camino para alcanzar la justicia social, pero la guerra insurgente se dio. Y las negociaciones terminaron el conflicto armado interno con las FARC, cuyo poder destabilizador fue contundente, no porque se financiaran de la cocaína, como piensan los que no conocen por dentro al guerrillero, sino porque sus hombres y mujeres, con excepciones y fallas, como en todos los grupos, consideraban que el Estado, su ejército y su sistema económico aliado del imperialismo estadounidense eran enemigos del pueblo. Además, los rebeldes estaban convencidos de que a ese enemigo no se lo podía vencer en las urnas. El genocidio político de la Unión Patriótica los había reafirmado en la convicción de que el régimen asesinaba a la oposición política de izquierda y que la única forma consistente de enfrentarlo era el fusil, estando dispuestos a morir con tal de vencer al que consideraban adversario de todos los colombianos.

Las FARC eran entonces el ojo del huracán de la inseguridad, el eje de la confrontación desde donde se dinamizaba un abanico de violencias y actividades ilícitas que la misma guerrilla no controlaba, y contra ese núcleo se escaló descomunadamente la reacción armada ilegal del terrorismo paramilitar. El Ejército y la Policía atacados y concentrados en la guerra contra el poder guerrillero no podían tener presencia suficiente en el resto de la nación ni contrarrestar eficazmente la proliferación de las otras formas de criminalidad.

Las FARC tuvieron presencia armada en la mitad del país rural y militancia social con combinación de “todas las

formas de lucha” en las ciudades importantes. Las convicciones ideológicas y la ética del fin revolucionario que justifica los medios los llevaban a definir como actos heroicos el aniquilar policías y soldados, fusilar a quienes no siguieran sus leyes, hacer secuestros, volar torres o arremeter contra pueblos que identificaban como aliados de sus adversarios. Sin ser un cartel, daban auge a la economía de la coca y eran garantes de la protección de los cultivadores campesinos. Para financiarse, además de la coca, cobraban impuestos a las grandes compañías, a los empresarios, ganaderos y terratenientes, y exigían cuotas a los comerciantes, campesinos y mineros. Atacaban, mataban o desaparecían a los soldados y policías que entraran en los que consideraban sus predios. Desarrollaron una tecnología eficiente del secuestro y podían mantener en cautiverio a las personas por más de diez años para conseguir una buena bolsa o ventajas militares y políticas. Imponían condiciones a alcaldes, concejos municipales y gobernaciones. Reclutaban jóvenes y consideraban natural incorporar menores en sus filas. Tenían, además, crecimiento vegetativo de padres y abuelos con hijos y nietos guerrilleros. Establecieron una economía propia que les permitía vivir como ejércitos en guerra, bien armados y avituallados, en medio de las incomodidades de la selva tropical. En los momentos de más fortaleza actuaron como tropa y causaron graves daños a las Fuerzas Armadas del Estado, y desarrollaron una diplomacia internacional de apoyo a su lucha en todos los continentes. Reducidos a cerca de nueve mil combatientes después de los dos gobiernos de Álvaro Uribe y de la primera administración de Juan Ma-

nuel Santos, no estaban terminados, y por la experiencia y tecnología acumulada y las conexiones externas sabían que podían volver a crecer si surgían condiciones nacionales e internacionales propicias. Hasta hace pocos lustros Jacobo Arenas, uno de sus ideólogos más significativos, enseñaba que una insurrección general guiada por la vanguardia guerrillera tumbaría a la clase dominante y, con las FARC como cabeza de una alianza de gobierno, se establecería el socialismo en Colombia.

El Ejército y la Policía Nacional sabían que las FARC eran el gran enemigo del Estado, de las instituciones y del modelo económico. Las enfrentaron a muerte, y para hacerlo formaron al soldado en la conciencia militar de “dar la vida por la patria”. Pero también, por no tener capacidad contundente para doblegar el poder guerrillero, las fuerzas de seguridad del Estado y su administración dieron origen a las Convivir, que por su parte fueron determinantes en el origen de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), que en medio del conflicto recibieron el apoyo financiero, voluntario o forzado, de personas del mundo empresarial y ganadero. Durante varios años el pueblo vio en la montaña y en los pueblos a miembros del Ejército y la Policía unidos con las AUC; por eso la gente les puso el nombre de “paramilitares”, armados para atacar a un enemigo común. Luego entraron en la guerra los grandes mafiosos para legitimar sus negocios con la compra de franquicias de los ejércitos paramilitares, lo que dio a las AUC mayor capacidad macabra para sembrar el terror en los pueblos campesinos, indígenas y afros, así como para desplazar y

ocupar territorios destinados a la coca. El paramilitarismo hizo cuatro veces más masacres que la guerrilla y muchas más desapariciones forzadas. Mientras tanto, individuos de las Fuerzas Armadas del Estado, para mostrar resultados de guerra, multiplicaron los falsos positivos de muchachos inocentes que eran tomados cautivos y asesinados en las montañas para presentarlos como terroristas muertos en combate. El aumento del presupuesto militar y la ayuda contra el narcoterrorismo de los Estados Unidos, conocidos como el Plan Colombia, y las asesorías internacionales contribuyeron a transformar al Ejército y la Policía, les dieron capacidad para tomar la iniciativa, golpear a fondo a los frentes guerrilleros, sacarlos de las inmediaciones de las grandes ciudades y comenzar a eliminar a los comandantes de las FARC.

Todo esto exigió del país un inmenso esfuerzo fiscal para dedicar a las armas los recursos que se necesitaban en el campo social, la educación, la salud y las vías (fértreas, terciarias y autopistas). Demandó de los empresarios grandes gastos en seguridad privada. Destruyó iniciativas industriales, expulsó capitales nacionales y alejó muchas inversiones externas. Tuvo un costo humano descomunal con los ocho millones de víctimas, los centenares de miles de civiles asesinados y la cantidad de jóvenes de todos los lados que morían a diario en la guerra o quedaban cojos, mancos, ciegos y destruidos emocionalmente.

Valga esto para explicar por qué en la confrontación con las FARC estaba el ojo del huracán de las violencias de medio siglo y por qué considero, con millones de colom-

bianos, que La Habana fue un logro importantísimo para la seguridad, la tranquilidad, la gobernabilidad, el fin del conflicto espantoso y la entrada a la construcción de la paz.

Hay un nuevo país donde las mujeres del campo cuentan que volvieron a dormir en pijama, pues antes se acostaban vestidas para salir corriendo. Y en la mayoría de los corregimientos y pueblos los policías y soldados comparten con la gente una tranquilidad que no conocieron durante medio siglo, porque la guerrilla tenía informantes por doquier para atacar al uniformado que llegara, y ningún campesino quería ser visto al lado de un militar, pues se lo cobraba la insurgencia.

La negociación de La Habana durante cinco años de total dedicación de los participantes logró el acuerdo que fue modificado después del plebiscito y firmado definitivamente en el Teatro Colón. Fue un proceso inmensamente exigente que tuvo el apoyo cuidadoso, profesional y constante de Cuba y Noruega, países garantes, y de los acompañantes, Chile y Venezuela, de la ONU y del representante de los Estados Unidos.

Este libro reúne mis reflexiones personales en torno a esos acontecimientos. No es un texto de historia del proceso de paz, sobre el cual hay ya diversos trabajos, algunos muy rigurosos y desde distintas perspectivas. Escribo sobre los hechos que he vivido, consciente de mis limitaciones subjetivas. Me mueve el dolor de nuestro pueblo, la convicción de que venimos de la ruptura del ser humano entre nosotros que dio lugar al trauma social y cultural que nos dificulta la reconciliación. Escribo porque tengo esperanza

en esta paz imperfecta que se fortalece en el crisol de las dificultades.

Las introducciones suelen terminarse con un listado de agradecimientos. Pido excusas a quienes me ayudaron como editores y a quienes me aportaron sus ideas y sus críticas por no referirme a ellos. Quiero agradecer a los actores en la negociación y la puesta en marcha de esta paz incompleta y valiosísima. No puedo nombrarlos a todos, pero quiero resaltar a Sergio Jaramillo, el consejero ético, que desinteresadamente entregó a esta tarea su inteligencia y rectitud moral en los mejores años de su vida hasta ahora. A Humberto de La Calle el conductor y estadista claro, honrado y cuidadoso de las instituciones. A Enrique Santos, Frank Pearl, Luis Carlos Villegas, Alejandro Eder y los demás que cubrieron la etapa preparatoria y estuvieron pendientes de los desarrollos. A los generales Naranjo, Mora, Flores y todo el grupo de las Fuerzas Armadas en la mesa de negociación. A María Paulina Riveros, Nigeria Rentería, Mónica Cifuentes, Juanita Goebertus y las demás mujeres que desde el gobierno trabajaron incansablemente. A ‘Pastor Alape’, ‘Iván Márquez’, ‘Marcos Calarcá’, ‘Pablo Catatumbo’, ‘Rodrigo Granda’, ‘Joaquín Gómez’, ‘Carlos Antonio Lozada’ y ‘Andrés París’, y a ‘Victoria Sandino’, ‘Tanja’ o ‘Alejandra’, ‘Camila Cienfuegos’, ‘Yadira Suárez’ y sus demás compañeras. A ‘Timochenko’ o Rodrigo Londoño, quien mantuvo la dirección de sus hombres y mujeres hasta lograr el acuerdo. A los asesores jurídicos de uno y otro lado. A quienes prepararon la llegada de los testimonios del dolor humano, monseñor Luis Augusto Castro y el padre Darío Echeverri,

de la Comisión de Conciliación; a Ignacio Mantilla, rector de la Universidad Nacional; a Alejo Vargas; a Fabrizio Hochschild, representante residente de la ONU y sus agencias, y a Martín Santiago, que sucedió a Fabrizio y hoy continúa consagrado al empeño. Así como a Jean Arnaud en la dirección de la Misión que se consagró en la dejación de las armas y sigue actuando en la implementación. Al trabajo valiente e incansable de Todd Howland y su equipo de Derechos Humanos desde la ONU, y al equipo de la OEA dirigido por Roberto Menéndez. A la canciller María Ángela Holguín, que concitó el apoyo de la comunidad internacional. A los países garantes y acompañantes. A la Unión Europea y a instituciones internacionales como la Fundación Ford, el Instituto Kroc, el Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ, por sus iniciales en inglés) para Justicia Transicional y muchos otros. Y de manera especial, mi gratitud de colombiano al presidente Juan Manuel Santos, que comprendió que la paz era la causa más grande y entregó a ella todo su capital político.

Me nace del alma expresar mi agradecimiento a los sobrevivientes del conflicto armado que aceptaron ir a La Habana, hicieron respetar la memoria de sus seres queridos destruidos por la guerra, pusieron sobre la mesa la verdad de su dolor y señalaron sin amedrentarse a los responsables. A esas mujeres corajudas y a esos hombres fuertes desde el sufrimiento les debe Colombia la reconciliación centrada en el ser humano.

Y con todos los colombianos, mi gratitud al papa Francisco, que comprendió nuestra situación y nos trajo un

mensaje de esperanza para invitarnos a no tener miedo y avanzar hacia la cultura del encuentro. Que puso la paz más allá de la política, nos acogió en nuestro trauma y nos invitó a un cambio de corazón porque nuestra crisis es, sobre todo, espiritual. Y nos llamó a tocar con nuestras manos la carne ensangrentada de nuestro pueblo con el ejemplo que nos dio de cercanía, compasión y respeto por las víctimas.

Ariel